



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Vallejo en la hora de España

Autor: Iduarte, Andrés

Forma sugerida de citar: Iduarte, A. (1988). Vallejo en la hora de España. *Cuadernos Americanos*, 2(8), 175-183.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año II, núm. 8, (marzo-abril de 1988).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

VALLEJO EN LA HORA DE ESPAÑA*

Por *Andrés DUARTE*
ESCRITOR MEXICANO

CÉSAR VALLEJO ha caído. El gran escritor peruano ha muerto el 15 de abril en una clínica del parisiense boulevard Arago. . . Pero no digamos más que ha muerto. Decir que ha muerto es poco. Porque Vallejo ha caído. . . No se fue, no se extinguió, no se apagó. . . Cayó: la vertical pasó a la horizontal de un golpe, como un traumatismo. Su vida tensa, altiva, erguida, estática, soltó la flecha y vibró la última energía. Cayó no menos que sus compañeros ibéricos e incaicos que arrojaron la metralla bajo el sol español, que ocupara la memoria de Vallejo en su último minuto. Estaba ahí. Murió en los campos de España. No lo engañaba su delirio. Su última frase: "me voy a España, a España", nos dice lo que ya sabíamos: cayó en plena batalla, en pleno fragor, en pleno alzamiento contra la infamia, la injusticia y la ruindad humanas. Estas reventaron el pecho heroico del indio de Cajamarca Fidel Vergara, éstas atravesaron —felizmente sin abatirlo— el torno del mestizo de Trujillo Clemente Montenegro. Las mismas asesinaron a este hombre, con su mano artera, en el boulevard Arago. La mano de la infamia tiene mil dedos y persigue al hombre bajo todos los cielos.

César Vallejo era el tipo acabado del intelectual revolucionario, del escritor populista: la inteligencia y la sensibilidad consagradas al amor, al servicio y a la interpretación del pueblo. Su vida toda lo dice.

Hijo de una familia numerosa de Santiago de Chuco, la región serrana del departamento de La Libertad de la República peruana, conoció desde niño la vida dramática del campo feudal de América. La extracción feudal semiburguesa no le hizo olvidar la injusticia social ni las calidades de su raza oprimida. No era indio puro, pero su color de bronce y su perfil cortado a pico denunciaban el gran porcentaje de sangre indígena. Por algo sus amigos lo llamaban cariñosamente "el cholo Vallejo" y con in-

* Publicado por la revista *Hora de España* (Barcelona), agosto de 1938.

tención dolosa sus enemigos peruanos, casi todos éstos con el tipo de criollito de raza dudosa, "blancuzca" a lo sumo, aparentemente caucásica por la pigmentación, que se siente una segunda edición del cortesano español de la época imperial y que no es sino su caricatura. "El cholo" estaba muy bien para Vallejo: miembro de la raza vencida y esquilada y quien, a pesar de poder abandonarla, se consagraba a su defensa. ¿Cuántos peruanos, indios o mestizos, escapados de la miseria en que gimen los de su sangre, andan buscando antepasados europeos y hurgando diccionarios y archivos para encontrar el origen del nombre que a sus abuelos siervos colocó el encomendero o el patrón inglés de la mina? ¿Cuántos viven paladeando el aristocrático que deriva de un lejano matón de la Conquista o de un blandengue parásito de la Colonia?... La postración del indio peruano se mantiene al lado de la supervivencia de los orgullos y las cursilerías del aristocratismo colonial, que en México fue arrancado casi de cuajo por el levantamiento de sus indios altivos. "El cholo Vallejo" y otros "cholos" heroicos, como Fidel Vergara y como los caídos silenciosamente en los campos y en las cárceles peruanas, son los indios de la vanguardia, que, con un sentido moderno, significan para el Perú lo que para México fueron los de la Reforma: Juárez, Altamirano, el "Nigromante" Ramírez...

En la América se hermanan la causa de la justicia social y la defensa de una raza de grandioso pasado en Anáhuac, en Yucatán y en el Perú. Pero no por eso resbaló Vallejo hasta un indianismo rabioso, exaltado, racista, que no es más que el reverso de la medalla de los *dolicocéfalos* rubios. No podía caer en él porque su cultura era universal y porque su corazón era ancho como el de los primeros cristianos. "Id e instruid a todas las gentes" y "Con todos se ha de lograr, para el bienestar de todos", sabía que dijo la voz de la nobleza desde Galilea y desde las Antillas. "Uníos, proletarios del mundo", sabía que alguien dijo en concreto. No negó su raza de proletarios viviendo entre la gente dengosa y virreinal de Lima, no olvidó el dolor humano codeándose con los privilegiados en la Universidad de San Marcos, en donde estudió Letras y Derecho. Pero estos pecados de esa explotación merecen la cárcel, y en la Penitenciaría de Lima fue recluido Vallejo durante seis meses. Allí escribió *escalas* —antes había escrito *Los bernaldos negros*, su primer libro— y de allí lo sacó la campaña de prensa que a su favor llevó a cabo Antenor Orrego.

Poco después salió rumbo a Europa —1923—, la recorrió más tarde y conoció especialmente a la Francia intelectual y proletaria —que hay muchas Francias que no ve el ojo grueso del turista co-

rriente—, en la que residió hasta la hora de su muerte. No vivió el París de las conferencias estiradas ni el de la tiesura universitaria ni el de la juerga criolla en que corre el champagne y la sangre del pueblo de América. Sentidor y militante de la causa del mundo, hizo cuanto podía permitirle su honrosa pobreza. Hubiera escrito y publicado más si dobla las manos y se somete al caudillismo americano. Hubiera gozado de honores, de cargos importantes y de un buen vivir. Pero su obra no hubiera tenido nunca el aliento de la que hizo en el apartamiento y en la amargura, entregado a la lucha mundial pero no menos atento a la palpitación peruana. El hombre ha de dedicarse, decía José Martí, "a lo que tiene más cerca, no porque lo suyo sea superior a lo ajeno ni más fino o virtuoso, sino porque el influjo del hombre se ejerce mejor y más naturalmente en aquello que conoce y de donde le viene inmediata pena o gusto; y ese repartimiento de la labor humana, y no más, es el verdadero e inexpugnabile concepto de patria". Desde la forzada ausencia vivía Vallejo en su Perú.

Su sentido universal lo incluyó en el internacionalismo comunista y durante su estancia en Madrid, en el año 31, fue uno de los fundadores de una de las primeras células de intelectuales

Pero ni un solo minuto dejó de ser lo que era: escritor. Y en España publicó tres libros, uno antiguo, *Trilce*, colección de versos profundos; y dos nuevos: una novela que se llamó *El tungsteno* y un emocionado y juicioso reportazgo de la URSS, que acababa de visitar, *Rusia 1931*.

Los *Poemas* —colección de los que en silencio siguió escribiendo— y los *Poemas de la guerra de España*, que serán una revelación para el hombre libre y sensible del mundo, rematan la obra de este escritor tan universal y tan peruano.

En *El tungsteno* está entero el americano que desde Europa vive el dolor de sus indios, enrolados para las minas que atrapó y escarbó, con sudor incaico, el aventurero inglés o yanqui. No falta en ella el cura, el comerciante el médico el amanuense y el ingeniero criollos vinculados al crimen social. Pero en ninguna página arrebató la demagogia ni la *tencicomania*. Toda la novela está hecha de emoción humana, de ternura hasta las lágrimas.

Lenin puso empeño —cuenta Chapovalov, el anarquista que se pasó al comunismo— en adquirir "la caliente cordialidad de los *narodnik*". Los primeros años de actividad los pasó en la tiesura de los que por ser militantes creen que no deben ser humanos. Después se dio cuenta de que no es posible ser un buen revolucionario antes de ser un hombre bueno. Para poco sirve el conoci-

miento económico del mundo y la seca interpretación de la historia si no se vibra con el dolor del hombre, intensamente, sin por eso caer en cristianismos desmayados. César Vallejo tenía una ternura blanda y dulce, encubierta por su autodomínio indígena. Los versos de *Trilce* están acribillados del recuerdo de la madre muerta, de "la muerta inmortal", como él la llamara. La reminiscencia infantil está siempre en los labios del hombre bueno que nunca dejó de ser niño:

Las personas mayores
¿a qué hora volverán?
Da las seis el ciego Santiago,
y ya está muy oscuro.

Madre dijo que no demoraría.

Aguedita, Nativa, Miguel,
cuidado con ir por ahí, por donde
acaban de pasar gangueando sus memorias
dobladoras penas,
hacia el silencioso corral, y por donde
las gallinas que se están acostando todavía,
se han espantado tanto.
Mejor estemos aquí no más.
Madre dijo que no demoraría.

La madre ampara y calienta su recuerdo poético.

Escribía Vallejo sus versos en el español gustoso del Perú, clásico e indígena al mismo tiempo, que estaba impregnado del sabor de la tierra y del calor de la madre.

Madre, me voy mañana a Santiago,
a mojar me en tu bendición y en tu llanto.
Acomodando estoy mis desengaños y el rosado
de llaga de mis falsos trajes.
Me esperará tu arco de asombro,
las tonsuradas columnas de tus ansias
que se acaban la vida . .

Así, muerta inmortal. Así.
Bajo los dobles arcos de tu sangre, por donde
hay que pasar tan de puntillas, que hasta mi padre

para ir por allí,
 humildóse hasta menos de la mitad del hombre,
 hasta ser el primer pequeño que tuviste.

Así, muerta inmortal.
 Entre la columnata de tus huesos
 que no puede caer ni a lloros,
 y a cuyo lado ni el Destino pudo entrometer
 ni un solo dedo suyo.

Así, muerta inmortal.
 Así.

En el recuerdo de la madre refugia su dolor de vivir:

Madre, y ahora! Ahora, en cuál alvéolo
 quedaría, en qué retoño capilar,
 cierta migaja que hoy se me ata al cuello
 y no quiere pasar. Hoy que hasta
 tus puros huesos estarán harina
 que no habrá en qué amasar
 ¡tierna dulcera de amor,
 hasta en la cruda sombra, hasta en el gran molar
 cuya encía late en aquel lácteo hoyuelo
 que inadvertido lábrase y pulula ¡tú lo viste tanto!
 en las cerradas manos recién nacidas.

Tal la tierra oirá en tu silenciar,
 cómo nos van cobrando todos
 el alquiler del mundo donde nos dejás
 y el valor de aquel pan inacabable.
 Y nos lo cobran, cuando, siendo nosotros
 pequeños entonces, como tú verías,
 no se lo podíamos haber arrebatado
 a nadie; cuando tú nos lo diste,
 ¿di, mamá?

“Nos van cobrando todos el alquiler del mundo”, le decía a su madre este hombre doliente y callado. Pero soportaba las penas con estoicismo indígena:

Y me retiro hasta azular, y retrayéndome
 endurezco, hasta apretarme el alma...

Es de madera mi paciencia,
sorda, vegetal...

Gerardo Diego, refiriéndose a esta categoría de Vallejo, precisó hace años:

Piedra de estupor
y madera dulce de establo...

La ingenuidad niña y la excepcional energía se ensamblaban en su alma: tierna, pero retirada "hasta azular", "apretada", "vegetal". Piedra de estupor ante el mundo y madera dulce de establo, patinada por los años y el encierro del hueco en que escondía su ternura, mineralizada como los bosques antediluvianos soterrados secularmente.

Vallejo se sabía lo que descubrió en sí mismo Keyserling al alcanzar la puna americana: "Supe entonces que era tierra y pura fuerza telúrica". "Adquirí conciencia de mi propia mineralidad". "El hombre de aquellos parajes es propiamente mineraloide".

Vallejo era hombre de montaña, indio casi puro y poeta. "El hombre que habla en verso —decía el mismo Keyserling— es, con respecto al que habla en prosa, el más telúrico, pues vibra conforme a las leyes numéricas de la naturaleza". La misma vibración cósmica, el mismo "dolor flotante" de América, atraviesa laberintos y remolinos y habla por boca de otros dos grandes poetas: Gabriela Mistral y Pablo Neruda.

La poesía de *Trilce* —decía Bergamín en su prólogo— es seca, ardorosa, como retorcida duramente por un sufrimiento animal que se deshace en un grito alegre o dolorido, casi salvaje. Esto la aproxima y la aparta, a su vez, del poeta americano Neruda, también oscuramente dolorido y hosco, pero con distinta sensualidad: la poesía de Neruda es más jugosa, más blanda, más densa y, acaso, más rica de tonalidades...

En el sacudimiento profundo y sensual de la poesía del chileno hay más contacto con la vida, más saboreo del placer, más emoción cotidiana. Al lado de orientales deslizamientos hay en ella un entusiasmo de orígenes indudablemente españoles que lograron para él la comprensión de España y su fama en la Península. Aparte de su extraordinario genio poético, este parentesco favoreció el entendimiento de su obra entre la juventud literaria de España, que en vida no alcanzó la palabra recatada y taciturna de César Vallejo

Una actitud más desolada, desgarrada, sangrante, va en el grito de Gabriela Mistral. Su poesía denuncia unas manos enclavijadas y unos ojos fantásticos, exaltados por la frente poderosa y las líneas desesperadas de sus cejas: poesía y rostro de sibila, que nadie hubiera osado disputarle, nacida en otras épocas y otros climas. Su condición de mujer la entregaba, más que a los otros dos grandes sentidores, a la ternura de madre y al arrebató ardiente. Pitonisa, euménide o esfinge, ella es y se siente parte del devenir cósmico. Va en ella, como en nadie, el destello del genio trágico, universal. Pero con raigambre americana, de la tierra de América, que en Gabriela Mistral se exhibe desde lo inconsciente a lo consciente, desde su poesía hasta su conocimiento y su amor de viajera y de geógrafa por la montaña y el valle americanos, desde la armoniosa meseta mexicana hasta su originario valle de Elqui.

Los tres poetas son el resumen de una sensibilidad continental. Vallejo es la queja más vaga y subterránea. "El hombre americano es esencialmente taciturno. Tanto más taciturno cuanto más profundo es. Cuanto más grave es un conflicto, más retiene su voz", observaba justamente Keyserling, atrapado por el fenómeno americano. Así retenía su voz Vallejo:

Si lloviera esta noche, retiraríame
de aquí a mil años.
Mejor a cien no más.
Como si nada hubiese ocurrido, haría
la cuenta de que vengo todavía.

O sin madre, sin amada, sin porfía
de agacharme a agaitar al fondo, a puro
pulso,
esta noche así, estaría escarmenando
la fibra védica,
la lana védica de fin final, hilo
del diantre, traza de haber tenido
por las narices
a dos badajos inacordes de tiempo
en una misma campana.

Haga la cuenta de mi vida
o haga la cuenta de no haber aún nacido,
no alcanzaré a librarne.

No será lo que aún no haya venido, sino
lo que ha llegado y ya se ha ido,
sino lo que ha llegado y ya se ha ido.

Se había desprendido, mínima partícula, de su todo telúrico, y lo lamentaba. Su breve viaje fuera del todo lo desolaba. Su aspiración recóndita fue borrarse, difuminarse, reintegrarse.

Pero en la vida de todos los días ¡qué ausencia de gemidos! Gemir alto es esperar, es pedir. Sólo conocieron su dolor sus amigos íntimos. Oyéndolos, se me han venido a la mente, continuamente, estas dos palabras: "los inermes". A la selecta raza de los inermes pertenecía Vallejo. Inermes —es claro— desde un punto de vista material y cotidiano. Inermes porque carecen de la malicia necesaria para engañar, de crueldad para herir, de servilismo para adular, de vanidad para exhibirse, de codicia para llegar a tener, de estupidez para corear... No tuvo ni el apetito de ser admirado. No quiso tampoco administrar su propaganda de escritor y poeta. Le faltaba toda condición para eso que llamaban "el éxito". No admitió ser poeta bufón de poderosos, ni secretario de imbéciles, ni traspunte de badulaques, ni aprovechador de demagogias. Por eso sólo conocieron su talento y su corazón los que por azar, por amor o amistad coincidieron con él en la vida. Pero a pesar de todo ello, su obra —escrita en el escondite de su pobreza y de su amargura— lo salva de toda frívola acusación de negación o egoísmo.

Vivió en la amargura y en la pobreza, pero sin rencor ni resentimiento. Eludió la caravana y la maniobra, el servilismo y el embuste, pero sin caer en el escepticismo ni en la cólera. Supo, incluso, ver las humanas bajezas con más lástima y pena que desprecio. No cayó nunca en el grito estridente de protesta. Ni siquiera huyó de los hombres: murió siendo un militante de la causa del pueblo.

Muerto ya, sin que su pureza pueda herir a los que no la tienen, su obra alcanzará mayor espacio y será escuchada. La aclamarán, quizá, hasta sus odiadores.

Pero no olvidemos nunca que este valor, abandonado, llevó una vida angustiada, en el destierro y en la miseria, por causa de la brutalidad y la tiranía política. La muerte de Vallejo la produjo sencillamente, el hambre a que lo condenó su nobleza. Lo que haya dicho un acta médica de defunción carece de importancia.

Luchó hasta la última hora en el campo que le correspondía: en el de las letras, en el de la sensibilidad y el pensamiento. En el último delirio repetía —dicen los que lo rodeaban— el nom-

bre del campo glorioso en que otros caían ensangrentados: el de España. En España publicó sus últimos libros, a España hizo su último viaje, para su pueblo escribió sus últimos poemas, el último sol de su memoria fue el de España.

La causa de los oprimidos —la del pueblo español como la de los indios soras que defendió en *El tungsteno*— apunta adolorida el nombre de otro de sus mártires.